

Esta historia fue escrita en el primer taller bilingüe de Herstory en el año 2006 en Farmingville. Poco después de la violencia allí, construyendo puentes, redención y esperanza. Esta historia fue leída y releída en todo Long Island, y ahora, muchos años después, aún resuena en nuestros corazones.

Día martes para Yolanda Gress

Día martes, enero del 2005, un día muy frío. Había caído nieve un día antes y el viento soplaba, se frizaban las manos y penetraba el frío hasta los huesos. Mi carro no tenía calefacción, pero yo tenía la responsabilidad de llevar a Armando (mi hijo) con Kara, una estudiante de preparatoria quien le ayudaba a hacer sus tareas difíciles a las que no les entendía.

Todo el camino y a su alrededor se veía blanco; pero de momento justo pasando un puente, se puso el semáforo en rojo. Fue entonces cuando volteamos mi hijo y yo hacia la derecha, y vimos a un hombre cubriéndose con cartones. Era terrible el frío que se sentía. Yo en particular a este hombre lo vi con el pelo muy desarreglado, sin sueter y la cara y manos muy rojas. Tuve que avanzar, y en el momento cuando presente estaban sus manos en mi mente, se me vino la imagen de Jesús.

Avanzaba hacia el siguiente semáforo, cuando volteamos a vernos con mi hijo, y él dijo, “Pobre, ¿verdad, má?” “Sí,” contesté, agregando, “¡No sé por qué no lo recoge el gobierno, si él es americano!” Llegamos al semáforo siguiente y volteé hacia atrás como esperando volver a verlo, pero entonces lo que vi fueron sus dos cobijas de mi hija Diana (la bebé de la casa) de 2 años de edad. Recuerdo que dentro de mí dije, “¡Cobijas!” Y le hice el comentario a Armando. Vi una expresión de alegría en su rostro y yo pensaba, “Son cobijas de Dianita. ¿Cómo se las voy a dar?” Esas cobijas significaban mucho para mí porque Diana las tenía desde que era bebé. Y me preguntaba, “¿Qué hago? ¿Se las doy o continúo? Pero ¡pobrecito!” pensaba otra vez. “El tiene frío y yo por lo menos voy en el carro. Tenía poco tiempo para decidir y me sentí confundida. El semáforo se puso en verde. Tenía que continuar. Pero para eso el camellón era largo y no había retorno en todo ese camellón. Callados Armando y yo. Yo veía los ojos de mi hijo llenarse de lágrimas y yo tenía un nudo en mi garganta, mientras pensaba, “¡Dios mío, protégelo! ¡Perdóname, Señor! No sé qué hacer. Estoy mal. ¡Perdóname, Señor!”

Pasamos debajo de un puente y volteé a ver a mi hijo. El tenía una expresión de mucha tristeza, y mirándonos en ese momento él dijo, “¡Cuando regreses lo buscas, mamá!” Contesté enseguida, “¡Sí, hijo, lo voy a buscar! No sé si lo encuentre, pero ¡lo voy a buscar!”

Por fin salimos de ese largo camellón. Continuaba el silencio 7 u 8 cuadas, mientras yo pensaba, “¿Dónde lo podré encontrar? ¿Qué rumbo habrá tomado? Si él estaba a un lado de un puente, no sabía si él había caminado por fuera o si había brincado al otro lado, si iba para la gasolinera que estaba a un lado o había regresado. Por fin llegamos a la casa de Kara. Entonces, Armando bajó.

Empecé a avanzar rumbo a la casa en Ronkonkoma, otro pueblo de aquí de New York, pero para mi sorpresa, pasando el puente donde lo habíamos encontrado, a lo lejos alcancé a ver que alguien caminaba sobre la nieve, y entonces sentí que el cielo se abría. Sentí que Dios me sonreía y se me hacía nudos mi garganta nuevamente. Sentía el pecho oprimido de la emoción cuando justo lo emparejé, y volteé a ver si era él. ¡Sí es! ¡Sí, sí es!” Me estacioné de lado derecho un poco más adelante para esperarlo, y entonces bajé el vidrio de la ventanilla y le grité al americano, “*Hey, you need a ride?*” No sé si se dice así, pero yo le ofrecí llevarlo. Sentí que él estaba esperando algo así, porque en cuanto

me vio y escuchó mi grito, no lo pensó, inclusive se atravesó la carretera sin ver a los lados. Cuando él llegó a la ventanilla saqué las dos cobijas y le dije, “*This is for you.*”

Le ofrecí llevarle a su casa. El dijo, “¿Tú me vas a llevar a mí, a mi casa?” En inglés él contestaba. Entiendo poco inglés pero en ese momento, es como si hubiésemos hablado la misma lengua. “Sí,” contesté, sonriéndole. “*Okay,*” dijo y subió al carro. Guardando un momento de silencio enseguida hizo el comentario de que en esta ciudad nadie da un *ride*. Y él seguía hablando en el transcurso del camino, pero ya no pude entender más. Recuerdo que hablaba despacito, bajito. Le pregunté, “*Where is your house?*” Para mi sorpresa él me dijo, “¡Aquí está bien!” Era un estacionamiento. Paré, él tomó sus cobijas y, bajando, dio las gracias. No le volví a ver más la cara. Me quedé parada, mirando los carros cubiertos de nieve, y nadie más se veía. Me pregunté, “¿Dónde vivirá? ¿Qué va a hacer?” Y me fui rumbo a casa.